

LA DUDA
por
LEONARDO STREJILEVICH

E-mail: strejileonardo@hotmail.com



"LA DUDA"

Escultor: Louis Henri Cordier - Plaza San Martín - 1906 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina

Fue realizada en mármol de Carrara por el artista francés Louis Henri Cordier (1853-1925), muestra a un joven creyente que se encuentra junto a su biblia abierta, mientras un anciano a su lado parece cuestionarlo.

La duda es irresolución, perplejidad, vacilación. La esencia de toda duda es la lucha entre propuestas diferentes.

Algunos afirman (Fernando Savater) que el grupo escultórico La duda de Cordier que ilustra este artículo, representa a Voltaire hablando insinuadamente con un joven de expresión atribulada por el escepticismo. La obra se encuentra en la plaza San Martín de Buenos Aires y yo guardo una relación especial con ella, porque es desde hace muchos años una de mis visitas obligadas cuando voy a la capital argentina y es quedarme un largo rato contemplando esta expresión de arte, belleza y desolada exaltación del pensamiento abismal.

Se puede escribir, dice Savater, para conseguir la fama o para ganar dinero, para apaciguar fantasmas interiores (Hemingway decía que él no tenía psicoanalista sino máquina de escribir) o para propagarlos y darse el gusto de ver como también otros parecen devorados por ellos (modelo Poe o Lovecraft), para denunciar abusos políticos o para corregir defectos morales, a veces para descansar de otras ocupaciones mundanas y otras para demostrar que sí, que uno también puede hacerlo, para deplorar el mundo y burlarse de él o para celebrarlo. La lista de motivos es incompleta y puede sin duda prolongarse aún mucho más. Pero hay un tipo de escritor, quizá el más raro y más sugestivo de todos, para el que escribir no es un medio de conseguir algo sino un fin en sí mismo, la finalidad irremediable y única de la vida. No tiene pretextos para construir el texto; nada en la vida le sirve al que escribe para justificar su escritura, sino que es ésta la que justifica su vida, convertida en simple requisito para poder escribir.

Dudar y expresar por escrito estas dudas puede significar la condena, el escarmiento, el exilio y las amenazas más variadas (recordemos los viejos casos de Galileo Galilei, Giordano Bruno; Miguel Servet; la inquisición española veía en el hecho de que los judíos o musulmanes recién bautizados

tuviesen una bañera, una prueba de reincidencia y herejía, que debía ser castigada con la muerte en la hoguera); dijo memorablemente Thomas Jefferson que no es posible tener una silla de montar en el lomo, para que se monten sobre ellos los que creen haber nacido con espuelas desde la cuna.

Pinard, más modernamente, fue el fiscal que llevó la acusación contra Madame Bovary de Gustavo Flaubert y logró la condena de Las flores del mal de Baudelaire y de su editor; ese tal Pinard tuvo el triste honor de perseguir a la mejor obra en prosa y la mejor en verso de la literatura francesa de su siglo sin dudar un ápice. Sin embargo, por esos años el furibundo Flaubert, no hace mucho juzgado por desacato a las buenas costumbres y la religión, recibe de manos del emperador al que proclama despreciar las insignias de la Legión de Honor. Que duda cabe que las contradicciones invaden la realidad.

En cierta oportunidad Gustav Mahler comentó: "Soy un hombre tres veces apátrida: soy bohemio entre los austriacos, austriaco entre los alemanes, y judío entre los pueblos de todo el mundo". Sigmund Freud, que pasó la mayor parte de su vida en Viena, desde la primera infancia hasta que los nazis lo expulsaron a los ochenta años de edad, señaló en una conversación con un colega suyo que él no era ni austriaco ni alemán, sino judío. En una oportunidad, cuando la oficina de impuestos le envió una nota sugiriéndole que quizá no había declarado bastantes ingresos, y agregando que su fama llegaba mucho más allá de las fronteras de Austria, Freud respondió: "Precisamente es en éstas donde empieza". Albert Einstein decía: "Si mi teoría resultara correcta, Alemania me reclamará como alemán y Francia afirmará que soy un ciudadano del mundo. Si mi teoría resultara equivocada, Francia dirá que soy alemán y Alemania que soy judío

Cuando uno es alguien y nadie duda en reconocerlo, ¿por qué empeñarse en ser algo? teniendo en cuenta una máxima sagrada: «Los honores deshonran,

el título degrada, la función embrutece» y, precisamente, pronto descubrimos que los fundamentos se desfondan, las certidumbres son inciertas y los principios se transgreden.

Sembrar el fuego y la destrucción y generar una herencia radiactiva para la posteridad y un invierno nuclear al que la humanidad le costaría sobrevivir es la nota de estos días. Nos acercamos al abismo, lo sabemos pero no dudamos; todo parecía que habíamos aprendido la lección.

El mundo religioso confronta sin dudar con el mundo laico que creyó con optimismo en la transformación de la naturaleza, la ductilidad de los principios éticos y el redescubrimiento afable de religiosidades diferentes en afable y respetuosa convivencia.

Creemos sin dudar que son muchos los objetos que fueron inventados en nuestro tiempo y que sin embargo son antiguos y muchos no han podido ser perfeccionados, como el vaso, la cuchara, o el martillo.

Todas las cosas que usamos cotidianamente fueron inventadas en el siglo XIX, dice Umberto Eco: el tren (aunque la máquina de vapor es del siglo anterior), el automóvil (con la industria del petróleo que presupone), los barcos de vapor con propulsión de hélice, la arquitectura de cemento armado y el rascacielos, el submarino, el ferrocarril subterráneo, la dinamo, la turbina, el motor diésel de gasolina, el aeroplano (el experimento definitivo de los hermanos Wright se llevaría a cabo tres años después de acabar el siglo), la máquina de escribir, el gramófono, el magnetófono, la máquina de coser, el frigorífico y las conservas en lata, la leche pasteurizada, el encendedor (y el cigarrillo), la cerradura de seguridad Yale, el ascensor, la lavadora, la plancha eléctrica, la pluma estilográfica, la goma de borrar, el papel secante, el sello de correos, el correo neumático, el inodoro, el timbre eléctrico, el ventilador, la aspiradora, la hoja de afeitar, las camas plegables,

el sillón de barbería y las sillas giratorias de oficina, el fósforo de fricción y los fósforos de seguridad, el impermeable, la cremallera, el alfiler imperdible, las bebidas gaseosas, la bicicleta con cubierta y cámara de aire, las ruedas con radios de acero y transmisión de cadena, el autobús, el tranvía eléctrico, el ferrocarril elevado, el celofán, el celuloide, las fibras artificiales, los grandes almacenes para vender todas estas cosas, la iluminación eléctrica, el teléfono, el telégrafo, la radio, la fotografía y el cine; se inventa una máquina calculadora capaz de hacer sesenta y seis sumas por minuto, y estamos ya en la senda de la computadora. Claro que el siglo XX nos ha dado la electrónica, la penicilina y muchos otros fármacos que nos han prolongado la vida, los plásticos, la fusión nuclear, la televisión y la navegación espacial; el último perfeccionamiento en el campo de las comunicaciones —que sería internet— supera a la telegrafía sin hilos inventada por Marconi mediante una telegrafía con hilos, lo que marca la vuelta atrás de la radio al teléfono.

Asistimos a un intento de desinventar al menos dos inventos típicos de nuestro siglo, los plásticos y la fisión nuclear, porque hemos caído en la cuenta de que contaminan el planeta. El progreso no consiste necesariamente en ir hacia delante a toda costa. La historia se repite dos veces, la primera en forma de tragedia y la segunda en forma de farsa.

Ante tanta duda es mejor dedicarse a la literatura, como "la forma en que una sociedad se habla a sí misma sobre sí misma" y para el hombre que duda no hay nada más serio que su sentido del humor que aspira a la verdad y que ve en sus múltiples facetas verdades que se pueden enumerar seria y sistemáticamente.

No es bueno dudar de las demandas sociales pero hay que evitar la violenta impresión de los gritos de la turba fanática, el murmullo creciente que se convierte en el rugido de las fieras, el miedo cada vez mayor de los ciudadanos de a pie. La multitud entra como torrente que destruye y mata.

La joven hija es violada y muere, y los hombres son asesinados. Por fin, cuando todo está completamente destruido, llegan las fuerzas de seguridad y dispersan a la turba violenta y criminal.

Hay ciertas fuerzas que rigen el destino de todas las generaciones y es bueno preguntarse ¿Es tan importante rebelarse contra el orden y la forma de gobierno, contra la insolencia de los funcionarios? ¿Es tan importante derrocar el régimen, reemplazarlo por otro, si después que todo haya sido dicho habrán de seguir nuestras vidas describiendo el mismo pequeño círculo de alegrías y penas?

¿Somos conscientes de la fugacidad de nuestra permanencia sobre la tierra?

Este acierto nos tendría que enseñar que nuestras disputas son pequeñas y que en nuestra imaginación aparecen como irreconciliables.

La veneración a la vida es el bien mayor aunque los hombres no se amen los unos a los otros. No se puede vivir con la razón crispada y convulsionada.

Afortunado aquél que sabe olvidar lo que ya no puede cambiar, o sea que el resultado final de la faena humana ha de ser la resignación. "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (San Juan; VIII: 32).

No hay que dudar que la vejez llegará si tenemos la suerte de no morir en plena juventud (la juventud es una enfermedad que se cura con el tiempo).

La madre del fundador de la banca Rothschild consultó en una oportunidad a un médico, al que le habló de los muchos problemas que tenía. El médico le respondió a la dama, ya muy anciana: -Bien, lamentablemente no puedo rejuvenecerla. Doctor -manifestó la anciana- yo sólo quiero llegar a ser más vieja.

Heinrich Heine, ya muy enfermo, describe sus escasos paseos por las calles de París. El poeta narra una de estas patéticas caminatas en su carta a

Madame Caroline Jaubert, fechada el 3 de abril de 1847. Describe cómo las mujeres bonitas se vuelven para mirarlo cuando él pasa con los ojos entrecerrados, las mejillas hundidas, una extraña barba y el paso torpe. Todas estas características le otorgan un aspecto atormentado que le sienta maravillosamente. Y agrega: "Como moribundo, tengo en la actualidad un éxito enorme".

De una antigua oración: Antes, mi señor, arrancad este corazón crispado y convulsionado por haber padecido mil agravios; quitadme estos ojos y dadme otros que no estén lacerados de tanto llorar. Alzad mi espalda que está encorvada por las reverencias de humildad forzada y dadme otros pies que no se sientan agotados por el eterno errar del exilio; taladrad mi cráneo, arrancad el cerebro que se oculta en él para que así pueda olvidar, y por fin cortadme estas venas y dejad que mi sangre fluya hasta que no quede una gota de la que perteneció a mi padre o al padre de mi padre o al de éste o a su... Ni una gota de toda esa sangre, de toda esa pena... Y cuando hayáis hecho todo esto, mi señor, y yo esté todavía entre los vivos... entonces dialogaré con vos humanamente (y sin dudas)...; O sea como un buen hombre debería dialogar con su hermano! ...